

LEÓN MORENO

**COMO FIEL AMANTE**

o

La invención del *Lazarillo*

Turpin Editores

CREÍ PRIMERO QUE era una aparición. Un golpe de suerte, un lance de fortuna como los que acaecen en las novelas, de aventuras o de amor, lo que para mí es lo mismo.

Pero no, era Beatriz en persona que venía a mi encuentro. Me gritó mientras miraba con precaución las rocas que pisaba: "He venido a ver al fiel amante." Después de tantos años, con un sentido del humor muy personal, me hacía recordar —ése era su propósito— las palabras que me atrevía a dirigirle poco antes de su casamiento con Abel que eran también las del Marqués de Santillana, nunca quise ocultárselo.

¿A qué venía a verme casi un año después de la muerte de Abel? Estaba ahora delante de mí. Estábamos solos, ella y yo, una pareja inesperada, al borde del mar. "Trop beau pour être vrai" hubiera comentado con sorna Abel, y yo, con mi entendimiento muy personal del francés: "Demasiado bonito para ser verdadero". Mi vocación, la de siempre, ha sido la de traducir el francés al español o al revés.

La encontré muy pálida y le noté unas arruguillas por las mejillas. No las tenía cuando, el año pasado, con motivo del funeral de Abel, había ido a verla, allá, en un pueblacho de Gascuña. La miraba y no me importaba saber el por qué de su venida ni cómo había podido encontrarme.

"A buen seguro que has creído divisar un fantasma. No te has equivocado mucho. Vengo de la Playa de los Muertos, allá

en Carboneras. No hace falta que toquemos madera ni santiaguarnos como parece que lo hacía antaño la gente. Es de veras un pueblo de mal agüero para mí y por lo tanto para ti”. Noté la voz muy cansada, los esfuerzos que hacía a veces para seguir hablando, el pañuelo que se pasaba por los labios. “Cuando viniste para el funeral de Abel me hablaste de ese pequeño puerto que habías elegido poco después de jubilarte, adonde ibas después del verano. La verdad es que fue fácil encontrarte. Es más, estaba convencida de que no dejaríamos de encontrarnos. He alquilado un coche. Hay que aprovechar esos días mientras puedo todavía conducir (con la mano me imponía el silencio). Vamos a decir que este encuentro borra el recuerdo de unos desencuentros de nuestra juventud, la tan lejana juventud.”

Se sentó muy lentamente en una roca. “Vengo a pedirte ayuda. Es urgente. No te equivoques con lo dicho antes o lo que hayas podido adivinar. He traído conmigo el último regalo que te ha hecho Abel o que nos ha hecho. Voy a explicarte. Tengo que contarte algo como un secreto, algo extraordinario, que irás descubriendo poco a poco después de mi partida. Te necesito (una sonrisa ilumina lo oscuro de sus pestañas), fiel amante.”

## I

SE QUEDÓ SIN embargo una semana y durante todos esos días nos paseamos y removimos más recuerdos que papeles. Eran los archivos de Abel que Beatriz había traído, los de sus antepasados, varias carpetas y un paquete de cartas: historias de amor y aventuras. Empiezo a repetirme. Historias que comienzan en Francia continuando allende el Pirineo, en la Costa Brava (la Costa Brava en tiempos de Carlos V, decía riéndose Beatriz) y después en Salamanca y en Toledo donde casi se termina, si podemos emplear la palabra fin para semejante odisea.

Beatriz se marchó en tren desde Almería el día del Pilar, camino de León, su ciudad (“el pie ya puesto en el estribo”, fiel amante, mandándome el beso de la despedida con la mano). Justo antes de Año Nuevo —este año 2011 en que hemos entrado— me enteré de su fallecimiento. No había vuelto al castillo de las Landas, a la tierra de Abel. Me había hablado de un primo de Abel que se comprometía a arreglarlo todo, hasta con entusiasmo, me dijo con una mueca de desprecio. La enterraron en León, la ciudad en la que había encontrado en el 56 a dos chavales, como decía, al francés Abel de Bianos y a un tal León Moreno que veraneaba en casa de sus abuelos maternos.

También podría ser otra novela, la historia de nuestras vacaciones, de nuestra juventud. Más bien una peli, fines de los años 50, dijo Beatriz, en negro y blanco, cine de barrio o algo parecido. Te espera un tema más apasionante, más apasionado, lo que he llamado mi secreto.

Iba yo a buscar todos los días a Beatriz a San José. Se había despedido de los amigos españoles de Carboneras y se había negado a quedarse en casa de los amigos franceses de Abel. Prefería vivir en una espaciosa habitación que daba al mar en el hotel Doña Pakita. Aprovechaba por las mañanas las horas de sol, un sol de otoño, en la terraza, arrebujada en una manta escocesa. ¿A qué parezco un personaje de cine, no? Entonces nos poníamos a hojear carpetas. Luego íbamos a la Isleta del Moro, mi pueblo, a comer pescado.

Beatriz casi no comía. Disponía cuidadosamente delante de su plato su colección de pastillas como decía, con una leve sonrisa melancólica y soltaba un “que aproveche” en plan de broma. Quería imitar (era un código entre nosotros) a Abel que como buen francés había aprendido la lengua y las costumbres todavía vigentes en la España de mediados del siglo pasado.

Como me había sugerido probar una paella, pero como Dios manda, me atreví a proponerle, entre serio y burlón, la más rica de la comarca, en el club de la tercera edad de la Isleta. Me miró un segundo y soltamos ambos una carcajada.

Sobre las cinco, solíamos salir en coche. La llevaba por caminos pedregosos, entre hileras de chumberas, a ver algún molino derrumbado, la Ermita del Fraile, el lugar de las “Bodas de sangre” de Lorca (ni las mías ni obviamente las tuyas, comentó) o a orillas del mar las formas pintorescas del acantilado y unas torres vigía. El Land Rover a veces se tambaleaba (me vas a matar antes del día señalado, suspiraba). Una tarde nos encontramos

delante de la noria enjalbegada del Pozo del Fraile. Entonces, carraspeando, recordó entre risas y lágrimas la poesía que recitaba Abel, cuando veíamos una, con la mula dando vueltas, por los campos leoneses adonde íbamos de excursión. Abel imitaba a un buen alumno, con los pies juntos y con los ojos cerrados:

“La tarde caía,  
triste y polvorienta.  
El agua cantaba  
su copla plebeya  
en los cangilones  
de la noria lenta...”

terminando por un altisonante, Antonio Machado.

Guardo clara memoria de esos episodios porque era evidente que a Beatriz le fascinaba aquel muchacho que, por casualidad, pero no hay jamás casualidad, se había matriculado para un cursillo de verano.

Otra tarde, nos fuimos hasta Agua Amarga. Beatriz dio unos pasos por la playa y como si hablara a sí misma: Ves, León, Playa de los Muertos, Agua Amarga, es un país para la última excursión que me toca hacer y se echó a cantar con voz ronca:

“Y atraca marinero  
y atraca el muelle  
que la Virgen del cielo  
embarcar quiere”

Era una de esas canciones que entonaba Abel alternando con “A la Bastille, Nini peau de chien”... como buen jefe de coro francoespañol, en el autobús que nos llevaba a León, camino de vuelta de una merienda en la montaña. Siempre juntos, tres veranos seguidos, Beatriz, Abel y yo, León, el compañero, el

buen amigo. Una variante del triángulo amoroso decía Abel, el muy brillante e irónico Abel. O una pequeña cadena de amor, como decimos nosotros los franceses: León quiere a Beatriz, sí, sí es evidente... Beatriz a su vez quiere a Abel (¿verdad?...) el cual, vive Dios, quiere a los dos, pero son amores distintos, añadía el muy pícaro.

De la cadenita de amor sólo queda hoy día yo, León Moreno. A él le toca publicar, si puede, una historia de aventuras y de amor tan fuera de lo común que no vacilo en llamarla “peregrina”, para acostumbrarnos a vivir en pleno siglo XVI, la vida del antepasado de Abel, Gabriel de Bianos. Abel, según lo que me contó Beatriz, pensaba poner orden y medida en ese revoltijo de papeles y echarse a trabajar después de jubilarse. Murió el que llegó a ser lo que deseaba, catedrático de historia moderna en la Universidad de Burdeos, a los setenta, ya emérito, sin que hubiera tenido ganas de engolfarse en el maremagnum de los archivos de su familia (no me parece del todo exacto lo que afirmaba Beatriz, como lo veremos) y sin enterarse (afortunadamente, añadió Beatriz, como de paso), de lo que estaba pasando en el cuerpo de su mujer.

\* \* \*

He oído durante esta semana elogios fúnebres de Abel que a veces me han sorprendido. Con esos fragmentos de confesión se ha metamorfoseado para mí la pareja. Me han abierto los ojos. Lo importante es que Beatriz quiso compartir conmigo algo de su vida íntima. Era cuando joven una muchacha muy sensible y por encima de todo inteligente. Por encima de todo, hermosísima, y Abel le cantó muy pronto “Eres alta y delgada